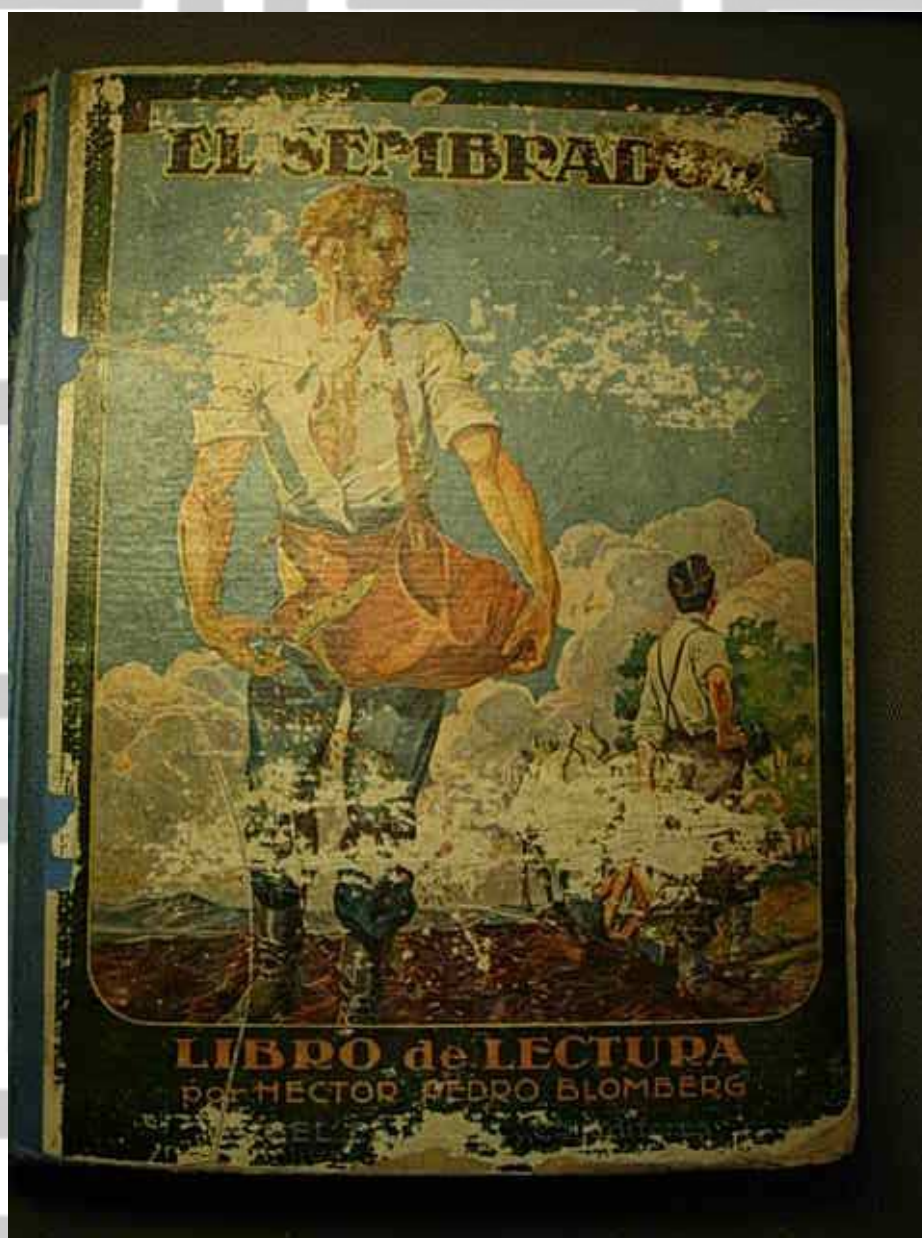


BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

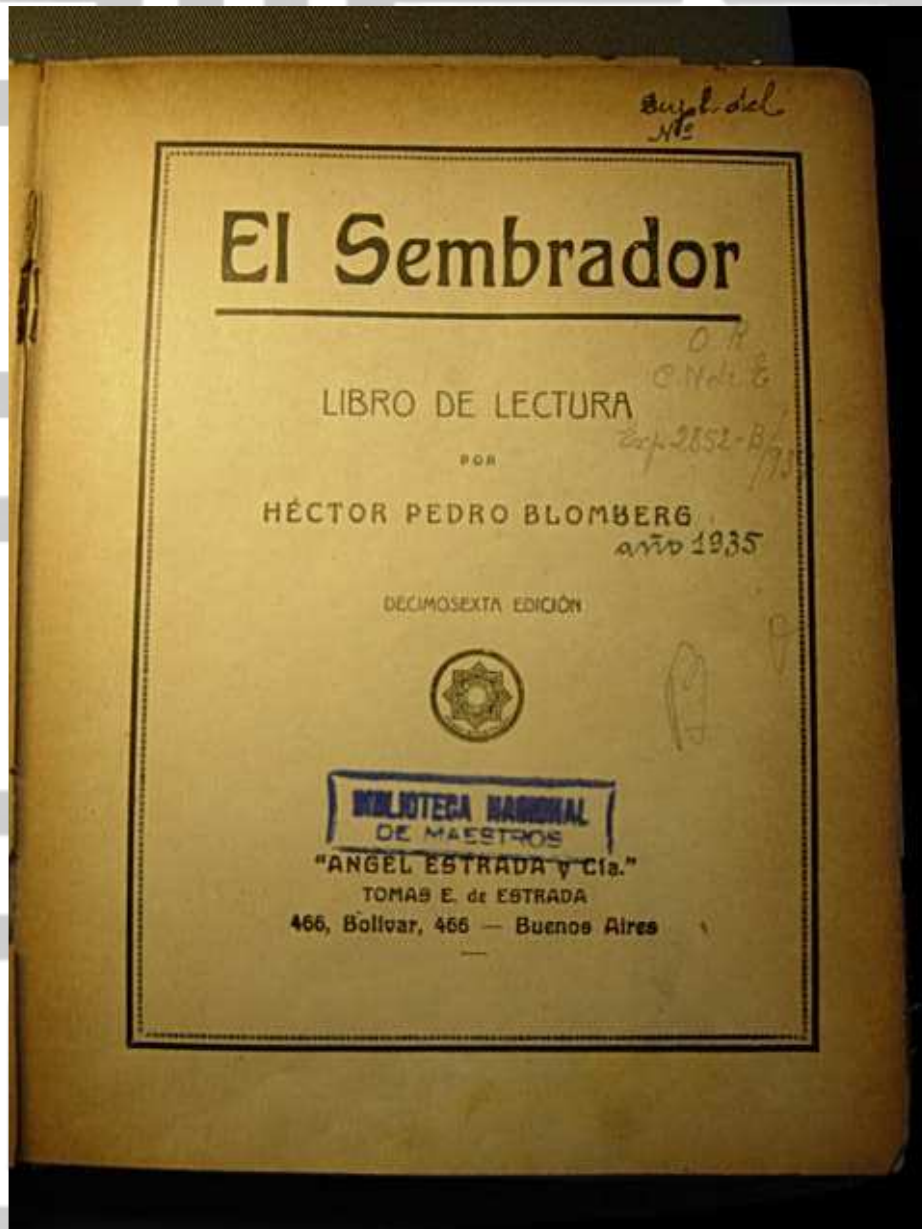
Permitida la reproducción citando la fuente.

Teresa Artieda (dir.) – UNNE – Argentina – 2007.

Digitalización: Lecko A. Zamora, del pueblo wichi.



BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE
LA EDUCACIÓN ARGENTINA



BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA



Los fortines.

Al pasar por algunos pueblos de la Provincia de Buenos Aires, en medio de los campos donde se extienden los trigales como mares de oro, pueden verse ruinas pobres, unos restos de construcciones antiguas.

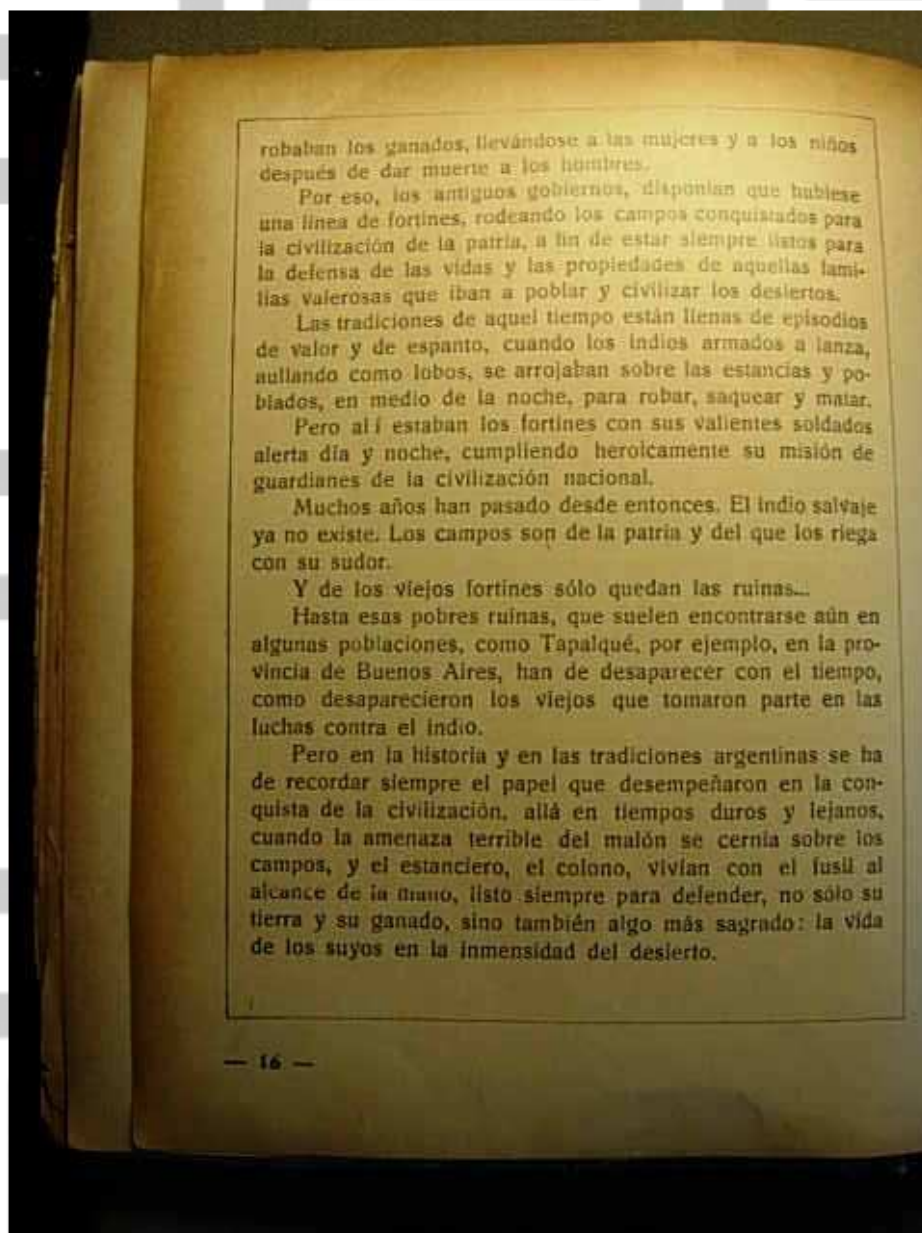
Es lo único que queda de los fortines.

¡Los fortines!

En tiempo de nuestros abuelos, los fortines eran los centinelas del desierto. Un puñado de soldados vigilaba los campos, entonces solitarios y agrestes, sobre los cuales se cernía siempre la amenaza de los indios.

Los indios, en muchedumbres inmensas, caían sobre las estancias y las poblaciones, al amparo de las sombras, y

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA



BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA



Las razas humanas.

Todos los hombres, los individuos que constituyen la humanidad tienen un origen común. Los sabios, desde hace siglos, están estudiando este origen. Unos afirman que la cuna de la raza humana es África. Otros, como Ameghino, dicen que fué la Pampa. Darwin, el más famoso de estos sabios, dice que quizás la raza humana surgió de la evolución de los monos gigantes. Si se estudian el aspecto y las costumbres de las diferentes razas humanas que pueblan el mundo, se verá que su origen tiene que ser el mismo. Sólo que unas, las más inteligentes y fuertes, conquistaron la civilización y cumplieron su evolución miles de años antes que otras.

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

Así tenemos los negros de África, que todavía viven desnudos y practican costumbres bárbaras; algunos indios de América, que viven como hace más de mil años, y por contraste, la raza blanca, la raza llamada aria, que con su inteligencia, sus costumbres, sus conquistas, ha transformado la vida y la naturaleza.

Pero no por ser salvajes y primitivas deben despreciarse las razas inferiores. En el reparto de la naturaleza les tocó en suerte una inteligencia rudimentaria, un organismo más rudo. Tienen también el derecho a vivir, y son las razas blancas las que en lugar de perseguirlas deben civilizarlas y hacer menos dura su suerte en el concierto de la existencia.

Porque en muchos casos, y esto lo afirman los sabios, el desarrollo de las razas inferiores se ha retardado debido a las condiciones de la naturaleza en que vivían: el sol, el agua, el frío, los elementos para la lucha por la vida.

Así tenemos, por ejemplo, los esquimales, una pobre raza muy atrasada, que apenas logra vivir en medio de los hielos polares, alimentándose de aceite de foca y grasa de ballena; los bosquimanos de Australia, considerada como la raza humana más atrasada que existe; los antropólogos de algunas islas de Polinesia; los onas de la Tierra del Fuego.

Estas razas miserables empiezan a desaparecer.

En cambio, las razas blancas, inteligentes y fuertes, continúan su obra, que es la civilización.



BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

Las razas moribundas.

GUARANI que dió su nombre a la raza, llegó del misterio muchos siglos antes de la conquista, en la era legendaria de un período precolombiano, según los historiadores, y fundó en las orillas del río Paraguay una de las razas más grandes y más fuertes de la América del Sur.

Al través de los siglos que preceden al descubrimiento, la raza guaraní se desarrolla y se polifurca en innumerables tribus guerreras y errantes, que inundan todo el Noroeste del continente, llevando sus dioses, sus tradiciones, su idioma y sus costumbres desde el Orinoco hasta Corrientes y desde los Andes bolivianos hasta el Atlántico.

Luego, habiendo llegado al grado más alto de su civilización y de su fuerza, la nación guaraní comienza su larga y lenta decadencia, y la conquista, a mediados del siglo XVI, la encuentra en el ocaso de su grandeza.



La rivalidad de los caciques, la corrupción del idioma original y múltiples causas, destruyen la unidad étnica de la raza.

Con la conquista comienza la agonía, una agonía de siglos. En las olvidadas tradiciones guaraníes pasa como una sombra el presentimiento de su envejecimiento y de su servidumbre, cuando el «pyta-

guá» anuncia con su canto estivo en los páramos, la llegada de los hombres de hierro a la tierra del parícuta «Guaraní».

La misma conquista misionera somete a la mayor parte de las tribus y las agrupa en las «reducciones»; la conquista militar, por una parte, persigue y mata las tribus indómitas.

Dos siglos después las misiones desaparecen. Los jesuitas abandonan su imperio y las tribus reducidas recobran su libertad. Pero en muchas de ellas queda inolvidable el recuerdo de aquellas durientes años de servidumbre. Aun existen tribus en el Paraguay que cantan salmos y rezan oraciones en el latín de aquellos misioneros que se fueron en el siglo XVIII.



En este largo período las tribus van disminuyendo lentamente. En las sedes de las «reducciones» antiguas levantanse pueblos floecientes, cuyos moradores conservan hasta hoy los rasgos físicos de sus antepasados guaraníes, que se cruzaron con los conquistadores. Otras tribus desaparecieron sin dejar un solo descendiente, como los «payaguá», cuyos olvidados huesos descansan en una isla primsesca del río Paraguay: «Payaguá-izapó», su cementerio inmemorial. Esta tribu, de historia guerrera y turbulenta, fué la primera en extinguirse.

Las demás tribus, errantes y degeneradas, viven vagando por el Paraguay, por los desiertos inmensos del Chaco con sus tradiciones y sus dioses.

BIBLIOTECA VIRTUAL DE LA CÁTEDRA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

Son los últimos, son los depositarios del dolor y de la leyenda, los parias, que en sus peregrinaciones por los bosques se detienen a soñar con su pasado bajo los « urundayús » gigantes, o a elevar sus plegarias al « Tupá » que les deja morir... Son los caingúas, los tobas, los lenguas, los chamacocos, los guanás... Envilecidos y miserables, se refugian en sus tolderías o vagan por las fronteras argentinas o brasileñas inquietos y aturdidos como los animales que sienten la proximidad misteriosa de su fin.



Son los últimos sobrevivientes de aquella gran raza guaraní que dominó casi la mitad del continente en la historia precolombiana. La vida que aun les queda no es larga. La lenta agonía que comenzó en 1540 ha de terminar antes de una centuria. La leyenda está muda. Nadie la recuerda hoy al ver pasar los rostros anchos, los ojos turbios e inmóviles de esos indios andrajosos y tristes que vagan por los bosques y las poblaciones, sordos a la voz del pasado heroico y terrible, que les habla desde los palmares, en las ondas de los ríos, en el susurro de las selvas. Sólo oyen el canto lúgubre del « quaymingué », que anuncia en las tolderías miserables que la muerte viene por las selvas a terminar con todo, con sus dolores, con su peregrinaciones, con su servidumbre, con su miseria... Lo único que les sobrevivirá es su idioma.

Este será el monumento más grande a la memoria de la raza muerta: su idioma, hablado sobre su tumbas...

1, Indio Chorata; 2, Chiriguano; 3, Mujer Toba.